

ECO DE ORIENTE

Trisemanario - Sale los martes, jueves y domingos

Chero suelta	\$ 0,02
Atrasado	0,03
Serie de 10 Nros.	0,20
Suscripción anual	1,50
id por trimestre	0,50

Director, Ls. M. M. DIERES MONPLAISIR

Administrador, Avelino Ruiz V.

Administración:

Imprenta San José

Dirección Telegráfica:

«ECORIENTE»

AÑO III

Villavicencio, Septiembre 26 de 1918—Número 237

[SERIE 24

Partición de Apiay

Un suceso extremadamente doloroso para la juventud de Villavicencio y para mí ha venido a paralizar mi pluma cuando estaba preparando dos relaciones: una de los trabajos ejecutados en la primera quincena de Septiembre, y otra descriptiva de Villavicencio y de la región de Apiay para satisfacer los deseos de una casa de San Francisco de California y de algunos amigos interesados en que se conozca nuestro rincón de llano en el Exterior. Me refiero a la prematura muerte, acaecida el 22 de los corrientes, del más vigoroso miembro de la Comisión que lleva a cabo la mensura de APIAY, del irremplazable JACOBO ARCINIEGAS. Su hogar pierde un hijo y un hermano inmejorable; la juventud de Villavicencio, un querido camarada, modelo de trabajadores; y el suscrito, un verdadero amigo, alma y brazo de la Comisión, cuyo voto era decisivo en las discusiones preliminares sobre la disposición de los trabajos, y cuyos entusiasmo y energías salvaban brevemente las dificultades que se presentaban.

Jacobo cayó enfermo al terminar la primera etapa de trabajos en las sabanas en el **veranito** de Septiembre, y murió de pie, al noveno de enfermedad, víctima de crue-

les sufrimientos.

Bien saben sus padres y hermanos que lloro con ellos la desaparición del ser querido.

SERGIO CONVERS C.

Felicidad

En busca de la felicidad corre el hombre y nunca la halla. La ve en el pasado, cuando echa de menos los tiempos idos, juzgándolos siempre mejores que los en que vive, y suele vislumbrarla en el porvenir cuando todavía tiene ilusiones y esperanzas; pero se resiste a encontrarla en el presente. Y el que se empeña en creerse desgraciado lo es realmente, aunque se halle rodeado de ventajas y comodidades.

La felicidad está ante todo en la voluntad propia, en la mente, en el corazón. Cada uno la hace o la deshace, la aumenta o la disminuye según su capricho, su imaginación y sus preocupaciones.

La bien escasa que puede encontrarse en este mundo, depende en gran parte de nosotros mismos, de la inquebrantable decisión de ser felices, de saber apreciar nuestras especiales aptitudes y energías y de aprovechar y paladear los legítimos goces que a nadie faltan.

La felicidad, pues, puede y debe cultivarse, y su cultivo es una ciencia que los padres han de enseñar cuidadosamente a sus hijos, a fin de aminorarles el lote de tristezas y pesares que todos hemos de sobrellevar forzosamente.

«La felicidad, dijo alguno, está en saberse contentar con poco, y ese poco se encuentra donde quiera.»

Para ser uno dichoso en esta vida, ha de empezar por convenirse de que ella no se nos dió

para gozar, sino para combatir trabajar y merecer. El que está apercibido para la lucha no se sorprende por ningún contratiempo, y es como el soldado valeroso que anhela la batalla para adquirir glorias y ascensos; y se desazona en la inacción. No hay dicha más grande que la del triunfo obtenido por el propio esfuerzo meritorio.

Nada hay más sabio que estas palabras del libro santo: «Bástale a cada día su propio afán.» Porque la preocupación, el temor, la aprehensión de las desgracias y males que pueden sobrevenirnos, nos hacen acaso más infelices que la realidad misma cuando llega, por penosa que sea.

Hay que desterrar las imaginaciones tristes y sombrías y esforzarse por cautivar las placenteras, nobles y elevadas.

Uno de los medios más eficaces para cultivar la felicidad es reconocer, apreciar y ponderarnos a nosotros mismos las ventajas que sobre tantos otros tengamos de fortuna, o posición, o talento, o instrucción, o salud y demás bienes. Al comparar nuestra suerte, por triste que sea, con la de otros muchos que se hallan sumidos en horribles desgracias, no podemos menos de creernos felices muchas veces.

Y al contrario, nada hay que haga más infeliz al hombre, que el pensar constantemente en las riquezas, los honores y las glorias que rodean a otros a quienes juzga felices, y sabe Dios como estarán en sus interioridades.

Para no creerse uno desgraciado, no debe mirar a los de encima, sino a los de abajo; no debe compararse con los más ricos sino con los supremamente pobres; no con los que rien sino con los que lloran.

De Al través de la vida